

cho apresuradamente de nuevo á San Pedro. Hay allí un sitio en el que un inglés no puede menos de detenerse algunos minutos. En una de las naves laterales un monumento de Canova, señala el lugar donde están enterrados los últimos príncipes de la casa de Stuardo; Jacobo III, Carlos Eduardo y el cardenal York, último de los Jacobistas, que aspiró á llamarse Enrique IX. Me dirigí después hacia el río al lugar donde estuvo el antiguo Pons Sublicius examinando todos los alrededores para ver si estaba conforme mi *Horacio* con la topografía de aquellos lugares, vi que en general no estaba mal, pero que su casa debía estar sobre el Monte Palatino, porque de otro modo le sería imposible ver Monte Coelius desde el lugar donde peleó.

Pero él vió sobre el Palatino
El blanco pórtico de su casa;
Y él habló al noble río
Que corre por las murallas de Roma.

Desde aquí me dirigí al Capitolio y anduve vagando por la galería de pinturas, reunida por Benedicto XIX, mi Papa favorito.

22 de Noviembre.—He ido á ver la famosa reliquia de la antigüedad últimamente descubierta: la tumba de un panadero. Este panadero, su mujer, en fecha en que ejercía su oficio y la interpretación de aquella misteriosa palabra *apparet* que figura en su tumba, son ahora el gran asunto de discusión en los mejores círculos de Roma. ¡Ciudad extraña regida por un soberano del mundo, cuyas novedades consisten en el descubrimiento de la tumba de un comerciante fallecido hace mil quinientos años! La cuestión de su *apparet* es abreviación de *apparitoris*, es para sus habitan-

tes lo que para sus antepasados fueron las peticiones licinias y la ley agraria; lo que el bill católico y el de la Reforma han sido para nosotros. Esto trae á mi memoria una reflexión que he hecho aquí con frecuencia, á saber: que puede llegar un día en que Londres, arruinado y reducido á las dimensiones de la parroquia de San Martín y sostenido en su decadencia por los gastos de los patagones y nuevos zelandeses (1), no tengo más importantes cuestiones que decidir «que los dolorosos trabajos que por largo tiempo sufriría para agujerear la piedra del molino la mujer de un molinero en Houndschitch.»

Noviembre 26.—A las diez viene Colyar (2) y salimos juntos. El día hubiera dado materia para un volumen. Fuimos al colegio inglés y recorrimos sus claustros muy interesantes para los hijos de Inglaterra, porque allí yacen muchos de nuestros altos dignatarios de la iglesia anteriores á la Reforma, así como los huesos de los últimos jacobitas, honrados mártires de una causa sin mérito alguno. Vimos el refectorio, muy semejante á las salas de los colegios menores de Cambridge en mi tiempo—el de Peterhouse por ejemplo—y oliendo mucho á la cena del día anterior, lo cual aumentaba la semejanza. Encontramos al director doctor Wiseman, joven eclesiástico lleno de

(1) Acaso sea esta una alusión á la presencia del celebrado nuevo zelandés al final del tercer párrafo del ensayo acerca de la historia de los Papas de Von Ranke.

(2) Mr. Colyar era un caballero inglés católico, residente en Roma, muy bien informado de todo lo concerniente á la ciudad así antigua como moderna. Gozaba de gran favor entre los sacerdotes y prelados, y era por ello su amistad de inestimable valor para los viajeros ingleses, á quienes estaba siempre dispuesto á prestar ambas cosas: sus conocimientos y su influencia.

salud y vigor—mucho más colorado, corpulento y sublime que estaba Whewell hace diez y ocho años—según yo recuerdo, vestido de púrpura, paseándose por el claustro. Con él estaba lord Clifford, en uniforme de lugarteniente, delegado del Devonshire, orgulloso desde que forma parte de la corte del Papa Gregorio. Estuvo extremadamente cortés, hablando con gratitud de la benevolencia que con él tuvo el general Macaulay en Italia, á todo lo que asentía Wiseman. Verdad es que oigo alabanzas de mi tío por dondequiera que voy. Lord Clifford no recuerda el tipo que me he forjado de un gran par católico de rancia familia, á quien siempre me figuro majestuoso y lleno de orgullo, con el aire de un hombre de alto rango, pero no de moda; un personaje tal como el lord católico de Mr. Inchbald en una historia sencilla ó el lord Glenollan, sin la compunción de éste, de sir Walter; por el contrario, lord Clifford es todo movimiento, parece que tiene azogue. Habló también de la recepción suya y de lord Shveuzbury por el Papa. Su Santidad gozaba de buena salud y ánimo, y es un poco más risueño de lo que aprueban los formalistas puros, y lord Shveuzbury dice que hubo un momento que le pareció un muchacho deseando jugar, y al momento siguiente otro león, deteniendo la marcha de Atila, representado este último, á lo que parece, por el rey de Prusia. Pasamos á las habitaciones del doctor Wiseman, cómodamente amuebladas y decoradas al estilo inglés, y muy semejantes á las de un compañero antiguo de la Trinidad. Después de visitar la biblioteca, donde vi la copia exacta del libro de los *Mártires* de Fox, en que Parsons hizo sus notas para su réplica, nos despedimos de nuestro paisano llevando grato recuerdo de su recibimiento.

«Cruzamos el río y volvimos al Vaticano. Anduve lo menos cien pasos por la biblioteca sin tener la menor noticia de que me encontraba en ella, porque no están á la vista la anaquelaría ni los libros. Todo allí es alegría y brillo, pues no hay más colores que blanco, rojo y oro, brillantes arabescos y pinturas en los techos y paredes. ¡Y es esta la biblioteca del Vaticano que yo imaginaba en lugar pavoroso y obscuro! Los libros y manuscritos están colocados en cajas de madera dispuestas todo alrededor de la parte inferior de las paredes, pintadas de colores brillantes que armonizan con el aspecto risueño de todo lo que las rodea, y más bien se puede sospechar que contienen instrumentos de música, disfraces de máscaras ó porcelanas para los bailes y cenas para los que parece estar dispuestos aquellos salones. Sin embargo, en ellos hay algunas inscripciones más conformes con mis propias ideas acerca de aquel lugar.

Desde allí fuimos al Museo, donde estuve muy distraído con la multitud y magnificencia de los objetos que contiene. El esplendor de los mármoles antiguos, el alabastro, las inmensas masas de pórfido, los granitos de varios colores, dan al conjunto el carácter de un lugar de hadas. Me admiraba yo de que nadie en esta edad del lujo y el dinero explotase canteras semejantes á las que abastecían á los antiguos. La riqueza de la Europa moderna es mayor que la del imperio romano, y estos objetos son de gran valor y se pagan á precios enormes. Y con todo, nos contentamos con hacer excavaciones para hallarlos en las ciudades antiguas, y jamás pensamos en buscarlos en las canteras de donde los romanos extraían estos materiales. Africa y Grecia eran las partes del mundo que producían los más costosos mármoles, y apenas se

han hecho algunas investigaciones con este fin ahora que los franceses se han establecido en Africa y que reina en Grecia un príncipe bávaro.

Pasamos á los departamentos donde se conservan los trabajos en mosaico, y en ellos vimos una bella figura del Isaias de Rafael, que ha sido completada con mucha exactitud. Nosotros debíamos tener un taller semejante unido con la Galería Nacional. ¡Qué vestíbulo tan interesante á un palacio podía hacerse cubriendo sus paredes de mosaicos! Los mejores retratos de los grandes hombres de Inglaterra reproducidos con este material, comenzando con el Wolsey y More de Holbein y siguiendo con el Wellington y Canning de Lawrence, podía constituir toda la decoración del misero palacio del Parlamento. Me gustaría ver las paredes de San Pablo incrustadas de pórfido verde antiguo y el techo y cúpula brillando con mosaicos y oro.

•El Demóstenes es muy hermoso, y no cabe duda de que es tal, porque hay dos bustos de él en el Vaticano cerca de esta estatua, y todos son exactamente semejantes, distinguiéndose por la preeminencia de su labio superior. La cara es flaca, arrugada y huraña, y su expresión singularmente austera; se está viendo en ella que perteneció á un hombre nada amigo de ocuparse de bagatelas ni burlas, nada voluptuoso, cuya alma estaba devorada por la ambición y constantemente en la brecha. Con esta presenta un contraste notable la cara de Esquines, benigna, suave, gruesa y casi soñolienta, y no obstante hermosa. Me interesó mucho el busto de Julius con su cabeza velada, que verdaderamente tiene una cara sorprendente; su ademán es el de un hombre que piensa hacerse señor del mundo. La interminable sucesión de

estas obras notables me apartó de mi propósito y volví á mi casa casi agotado por una excitación placentera.»

En una carta escrita durante la última mitad de Diciembre, Macaulay da cuenta de lo que había consignado entonces en su diario acerca del gobierno pontificio. «Roma estaba ya casi llena de ingleses cuando yo llegué, pero ahora su número ha aumentado tanto, que se hace casi insoportable. Yo evito su sociedad cuanto me es posible sin aparecer grosero, porque es pueril venir á Italia con intención de no salir de la vida ordinaria y oír la misma charla á que está uno acostumbrado en Mayfair. El gobierno nos trata muy bien. El Papa tolera una capilla protestante y nos consiente un salón de lectura donde hacen su aparición el *Times* y el *Morning Chronicle* doce días después de haberse publicado en Londres. Roma es una ciudad agradable para un viajero inglés, porque nadie le incomoda ni opone el menor obstáculo á nada; vive cada uno como le parece y lee lo que más le gusta, teniendo muy poco que aguantar de los vicios de la administración; pero en cambio no concibo nada más insoportable que la situación de un seglar súbdito del Papa. En este gobierno nadie goza de distinciones no siendo sacerdotes. El clero tiene todos los empleos de importancia diplomáticos, financieros y judiciales. Un prelado revestido de los más amplios poderes vigila la policía de las calles; una comisión presidida por un Cardenal dirige el departamento militar. Algunas insignificantes magistraturas son los más altos puestos á que puede llegar un laico; y los más nobles de este estado singular no pueden esperar nada mejor que algún puesto en la casa del Papa, que le puede titular para que tome parte en las procesio-

nes de las grandes festividades. Imagínese lo que sería Inglaterra si todos los miembros del Parlamento, los ministros, los jueces, los embajadores, los gobernadores de las colonias, los comandantes en jefe y lores del Almirantazgo, todos, sin ninguna excepción, fuesen obispos y sacerdotes, y el puesto más importante que hubiese disponible para los seculares fuese un señorío de Cámara. Y sin embargo, esta comparación no es completamente exacta, porque nuestro clero puede casarse, pero allí todo hombre de iglesia que toma mujer, se imposibilita para conseguir las dignidades y se coloca en la misma posición que un católico en Inglaterra antes de la ley de emancipación. La Iglesia está allí llena de hombres que se mueven exclusivamente por ambición, y que aunque puedan ser útiles y respetables como laicos, son hipócritas é inmorales como hombres de iglesia, y por otra parte pierde mucho también semejante estado, porque es fácil comprender qué especie de ministros de la Guerra y de Hacienda se encontrarán entre los obispos inspirados por sus cánones. La corrupción inficiona todos los destinos públicos. Viejos arriba, embusteros y tramposos abajo; esta es la administración papal. Los Estados pontificios creo yo que son los peor gobernados del mundo civilizado, y la imbecilidad de la policía, la venalidad de los empleados públicos, la desolación de la comarca y la miseria del pueblo, fuerzan á la observación al viajero más negligente. Parece una exageración decir, pero es verdad, que la población está compuesta principalmente de extranjeros, sacerdotes y pobres. En realidad siempre que allí se encuentra uno á un hombre que no tiene carácter canónico ni es un pordiosero, hay dos probalidades contra una de que sea un inglés.»

Martes, 4 de Diciembre. — Trepe por la colina Janicula al convento de San Onofre, y me dirijo á la iglesia, que contiene un solo objeto de interés: una piedra en el pavimento con estas palabras: «*Hic jacet Torquatus Tassus.*» Murió en este convento justamente el día antes de su coronación en el Capitolio. No participo del entusiasmo que por él tienen en su país, porque el Tasso no es de mis favoritos, ni como hombre ni como poeta, pues tiene demasiado poco entusiasmo en sus versos y demasiada locura en su vida.

Visité al cónsul americano, que estuvo muy atento conmigo, y, según la costumbre de su país, comenzó á hablarme de mis escritos (1); pero yo varié instantáneamente la conversación; confieso que no hay para

(1) Otra impertinencia de esta naturaleza estaba aún fresca en la memoria de Macaulay. Su carta desde Florencia decía: «No ando corriendo por todas partes con un cuaderno de notas en la mano y un cicerone al lado charlando á mi oído; pero en cambio voy frecuentemente, y permanezco largo tiempo, en los lugares que me interesan. Estoy con toda tranquilidad una hora ó dos cada mañana en las iglesias más bellas, siguiendo atentamente el ceremonial y el comportamiento de la multitud allí congregada; rara vez paso menos de una hora al día en la tribuna, donde está la Venus de Médicis, rodeada de otras obras maestras de pintura y escultura. Estando ayer admirando algunos de los soberbios retratos pintados por Rafael y el Tiziano, se me presentó un clérigo yanqui diciéndome que había oído decir quién era yo, y que venía á felicitarme por mis éxitos en nombre de sus paisanos; que él había reimpreso mi estudio sobre Bacon, haciéndole circular con gran profusión por toda la extensión de los Estados Unidos, donde mi nombre era muy respetado. Pero yo interrumpí su charla, le di las gracias y seguí adelante, dejando los retratos del gran duque mucho antes de lo que me proponía.

»La misma escena, entre los mismos actores, se repitió al día siguiente ante el ceño del tremendo duque que está sentado en la capilla de los Médicis, inmediata á la iglesia de San Lorenzo, y adonde Macaulay había acudido para agarrar una misa, como dice un personaje de Sir Walter.»

mi cosa más enfadosa que oír alabanzas propias. Comí solo, y leí una execrable y estúpida novela llamada *Tylney Hall*. ¿Por qué he leído tal majadería?

Sábado, 8 de Diciembre. — Sin cartas en el correo, la sala de lectura cerrada y las iglesias llenas. Hoy es la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, día elevado al más alto honor por los franciscanos, primeros eclesiásticos que introdujeron, creo yo, tan absurda noción, que aun dentro de la Iglesia católica ha sido combatida por los dominicos, y que el Concilio de Trento, siguiendo á Fra Paolo, me parece se opuso á declarar ortodoxa. Empleo una gran parte del día leyendo la Historia de Smollet, que encuentro excesivamente mala, detestable casi (1). No puedo comprender lo que le ha sucedido al escribir su obra; sus descuidos, parcialidad, pasión, sus invectivas inútiles, crasa ignorancia de los hechos y atrevidas teorías generales, no me sorprendían mucho. Además, su estilo, cuando aspira á ser elevado, aunque jamás consigue darle este carácter, es tan completamente fastidioso, que no he podido entenderlo. Dice del antiguo Horacio Walpole que fué un embajador sin dignidad y un plenipotenciario sin habilidad. Declaro que preferiría tener cortada una mano que haber publicado tales monstruosidades.

Martes 18 de Diciembre. — Me he quedado en casa hasta tarde leyendo y meditando. He cambiado algo

(1) Aun el mismo Carlos Lamb, que no obró muy noblemente dejando un autor favorito en el olvido, no tiene nada que decir de la Historia de Smollet sino que contiene un fragmento delicioso, pero perfectamente gratuito é impertinente para Hume. Según Smollet, los escoceses no han olvidado, ni olvidarán nunca, su asimilación á nuestra metrópoli. Hablan de Smollet como de un gran genio, y no quieren consentir se compare su obra con la Historia de Hume.

ciertas partes de mi *Horacio* y he pensado bastante durante estos últimos días sobre mi *Historia*. La gran dificultad de un trabajo de esta naturaleza es comenzar. ¿Cómo se enlaza con los acontecimientos anteriores y dónde comienza? No puedo precipitarme arrojándome de un golpe en medio de los acontecimientos y caracteres; y, por otra parte, tampoco puedo escribir una historia de todo el reinado de Jacobo II como un prefacio á la de Guillermo II; y si hago esto, será necesario igualmente hacer la historia de Carlos II como precedente á la de Jacobo II. Simpatizo con el pobre hombre que comenzaba la guerra de Troya «gemino ab ovo»; pero después de muchas consideraciones, he pensado que puedo arreglarlo todo por medio de uno ó dos capítulos de introducción, que me conduzcan de un modo suave á la plena corriente de mi narración. Cada vez estoy más enamorado del asunto, y realmente sentiría no poder escribir el libro.

De nuevo á San Pedro; es conveniente hacerle una visita diaria.

Roma, 19 de Diciembre de 1838.

Querido lord Ladsdowne: Recibí su cariñosa carta y por ella le doy las gracias. He reflexionado ahora con calma y tiempo acerca de mi determinación que comuniqué á lord Melbourne y á Rice, y cada día estoy más y más satisfecho y seguro de que el curso que he dado á este asunto es el mejor, no sólo para mí, sino también para el mismo gobierno. Estimo lo más conveniente seguir en absoluto mis propias inclinaciones, evitando por completo la vida pública. Pero como creo que no son estos tiempos para abandonar la ban-